



Tomás Morales, inspirado poeta canario

LA CAMPANA A VUELO

En los Juegos Florales celebrados en Las Palmas de Gran Canaria el 26 de Junio último, obtuvo el premio de la «flor natural» y mil pesetas, la poesía de Tomás Morales que damos á continuación. El juicio de este trabajo ha de hacerlo el público, y, seguramente, abundará en el nuestro, que es de completa alabanza y de justo reconocimiento al mérito de este jóven publicista, cuya personalidad descuella, con rasgos vigorosos, entre los modernos cultivadores de la Poesía.

El sello peculiar que distingue á Morales es que ha sabido armonizar las nuevas tendencias y gustos, un tanto exóticos, que dominan en los poetas del día, con nuestra propia manera y cariz clásicos; y con el nuevo color y la vieja patina, hace él bellísimas composiciones, llenas de sentimiento é inspiración y de imágenes felices, como la que ahora publicamos, y como sus «Poemas del Mar», que le dieron nombre de poeta personalísimo y genial ante el juicio unánime de la crítica.

El discurso del ilustre Unamuno, en los juegos florales palmesanos, fué un canto al idioma de Castilla, en cuya virtud sustantiva pone todas sus esperanzas el ilustre rector de Salamanca de que ha de vencer en la conquista de la supremacía del mundo, en lucha con la lengua de Shakespeare.

Deseosos de rendir tributo á la juventud intelectual que destaca sus méritos dedicándose á la sana y honrada literatura y aun los avalora apartándose de la senda tortuosa que siguen muchos que por ese mismo censurable hecho creen conseguir el éxito, más fácil de lograr ciertamente, pero no sólidamente cimentado, gustosos damos cabida en las siguientes páginas á la hermosa poesía de Tomás Morales, al cual agradecemos la deferencia que guarda á nuestros lectores al conceder á esta revista el honor de dar á conocer su composición, cuya publicación había él reservado para un tomo de poesías que está preparando.



La campana á vuelo

I

INITIUM

En medio de la clara quietud de la mañana resonó como un treno la voz de la campana...

Volteó lentamente con ásperos chirridos, hirió el mazo de hierro los bordes musicales y cruzaron el aire los vibradores ruidos en un sonoro vuelo de alondras matinales.

Atravesaron trémulos los claros elementos, chocaron en las duras murallas de los montes, y el eco desgranado sobre los cuatro vientos desgarró en cuatro puntos los patrios horizontes.

Y su clamor tremante que un anatema encierra lo oyó el sabio en el seno de sus cuidados graves, el labrador curvado sobre la madre tierra y el náufa en el peligro de las cóncavas naves.

También lo oyó el poeta; y á su gigante arrullo

se incendiaron sus iras en un fulgor violento
mientras atravesaba los campos de su orgullo
una saeta aguda como un remordimiento.

II

LA CAMPANA

De lo alto de la torre, que alza dominadora,
su cúpula hasta el seno mismo de los nublados,
difunde ella el prestigio de su lengua sonora:
alto florón de nuestros históricos legados.

El tiempo holló en el bronce su oxidada elegía
y en el conforno, emblema de sus atribuciones,
labró el cincel artista, como alta alegoría,
un festón, alternando castillos y leones.

Grande en su fortaleza, con cólera ó halagos
supo hacerse señora suprema del momento,
y á todos los sucesos, ya prósperos ó aciagos
puso con sus sonidos un doctoral comento.

Ella clamó indignada con épica fiereza
—coto á las demasías de los predios reales—
y aunando los poderes del Clero y la Nobleza
convocó los prudentes Concilios Nacionales.

A su voz se forjaron los fueros y las leyes,
mas su justa violencia tuvo acordes severos
cuando arbitrariamente por mano de los reyes,
airadas se violaron las leyes ó los fueros.

Ella en el cumplimiento de sus designios altos
dió en los días de lucha, con palabras seguras
magnífica y fonante la voz de los asaltos
y sigilosamente la voz de las conjuras.

Ella de las antorchas al temeroso brillo
vibró, cuando, escarmiento de futuros terrores,
al toque de rebato domesticó el cuchillo
la cerviz indomable de los conspiradores.

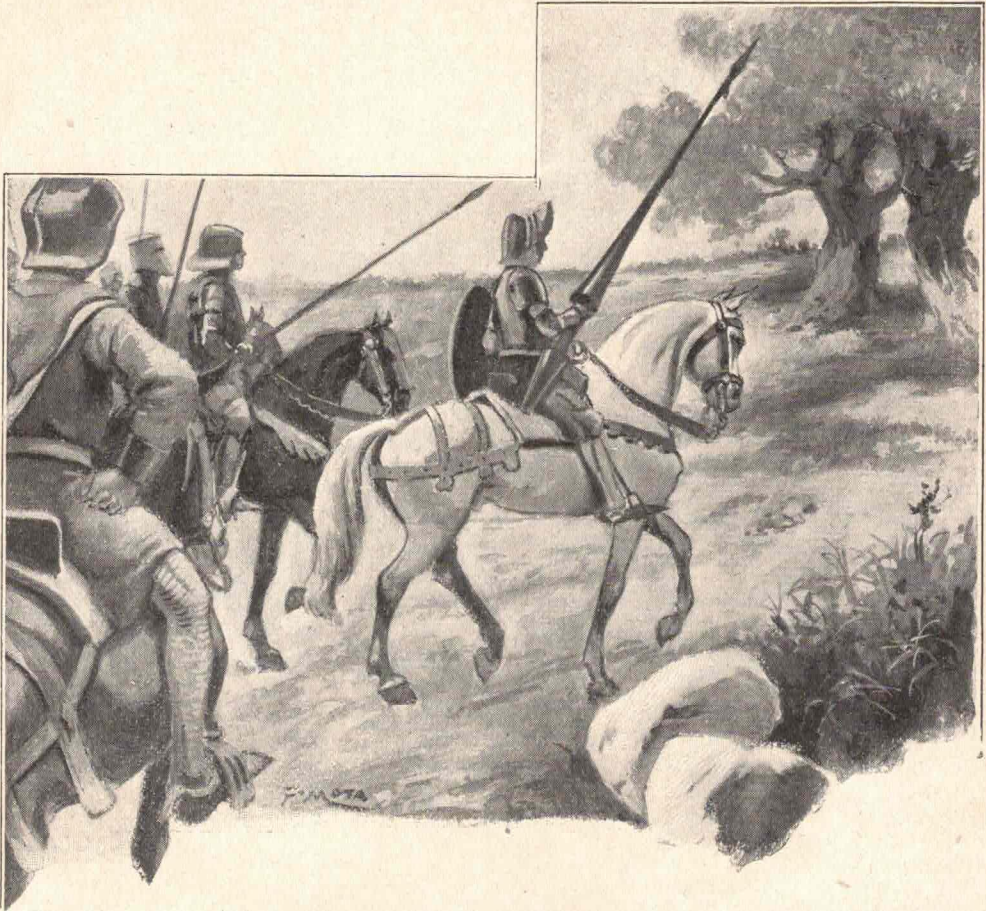
Ella, en fin, en el tiempo de su vigor sonoro
trás el recio tumulto que trajo la victoria
coronó con las hojas de sus laureles de oro
á los fuertes soldados, alumnos de la Gloria.

Y así, con la conciencia total de sus derechos
supo tener, fundiéndolos en una ardiente brasa,
renovados los lauros de los antiguos fechos
é incólumes los altos principios de la Raza.

III

INVOCACION

¡Musa hispana, hija insigne de la inmortal belleza!
¡Madre-reina-maestra del admirable oficio!
Ya no se eleva el gesto de tu imperial grandeza
coronando las ruinas del clásico edificio.



Ya, como enmudecido por contrarios azares
no se oye la ferviente canción de tus devotos,
ni en las desmantejadas piedras de tus altares
reviven como antaño los floridas ex-votos.

Talados son los parques orgullo tuyo un día.
¡Entre tantos rigores no alienta la esperanza!
¿Qué fué del palio rojo de tu soberanía
y de tu tirso agudo lo mismo que una lanza?

Hoy, bajo el fatalismo de tus calamidades,
ni un solo timbre el gesto de dignidad abona,
y en el legajo, título de antiguas propiedades,
solo resta el escrito de la vieja casona.

Y encerrada en su triste silencio doloroso,
esquivada de todos, por las vastas crugias
con el cabello suelto y el paso tembloroso
cruzas como una sombra las estancias vacías.

Hasta que al fin, rendida de ver tanta tristeza
en la mansión que templo fuera de tu reinado,
se doblan tus rodillas é inclinas la cabeza
sobre el portón que cierra las glorias del pasado.

De adentro viene un vago murmullo deleitoso.
Una acordada música matiza un claro ensueño,
y mientras tus sentidos se aduermen en reposo
tu alma revuela en torno del olvidado sueño.

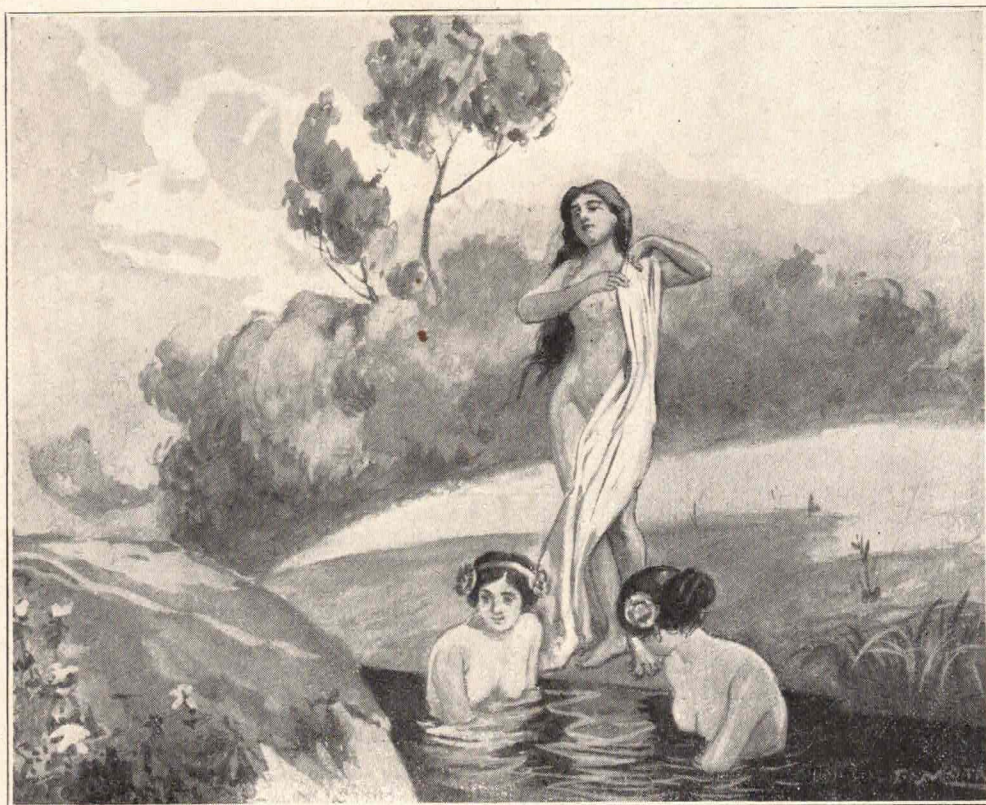
¡Evocación, evocación!... Los muertos fantasmas se levantan
en una fastuosa y alada teoría,
y las ocultas liras en el silencio cantan
un himno luminoso de gracia y energía.

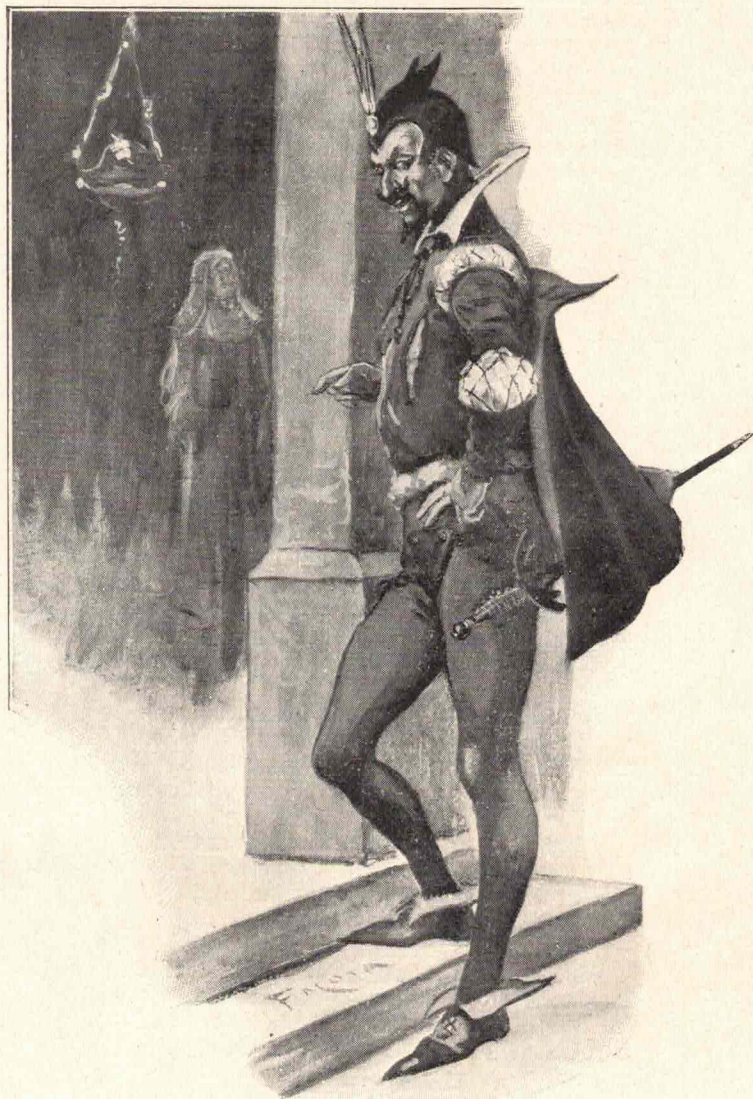
Súbito, rebasando por agrestes senderos,
comienzan el desfile tus grandezas activas:
un relinchar de potros y un trepidar de aceros,
con cuyo son concuerdan las gestas primitivass

Pasan, se desvanecen en una leve bruma...
Gentes son que supieron en su virtud romana
al ocio de la guerra desempolvar la pluma
y al ocio de la pluma blandir la partesana.

Aquí un jardín mecido por brisas aurorales
hay un montón anónimo de mudos jardineros:
sus manos recortaron pacientes los rosales
y las rosas granaron de luz los romanceros.

Más allá en el silencio que el crucifijo mura
—casto renunciamiento de las terrenas cosas—,





donde á la misteriosa quietud de la clausura
se abren supersticiosas las rosas milagrosas.

Donde desordenando las blancas oraciones
Satanás petulante, de ropilla y espada,
—galán de altos mostachos— sembró de tentaciones
los éxtasis de alguna novicia iluminada...

El clásico molino bajo la enredadera
donde escuchaste un día con infantil horror
la plática sabrosa que hubo la molinera
rubia, pícaramente con el Corregidor.

Las ninfas que recojen su cabello luciente

tegiendo con sus juegos el cristalino encaje
con que el gran Tajo ilustra su lírica corriente...
Y dominando el fondo tranquilo del paisaje,

Pastoras de los valles, mozas descoloridas,
vaquerillas zagalas guiando sus ganados,
los regatos umbrosos, las sendas escondidas,
los oteros floridos y los silvestres prados...

Todo un plantel glorioso para darte consuelo
ante ti se levanta y por tu amor suspira.
¿Historas?... Sobre tu frente la aurora tiende el vuelo
y á tus pies enlutada yace la antigua lira...

IV

ELESIA

¡Y no es dolor hallarte sin los antiguos bríos!
¡No es dolor el estado de tu menguada suerte!
Mirándote en los claros cristales de los ríos
acaso ni tú misma podrás reconocerte...

Tal que si un día abrieras la gran puerta cerrada,
al verte te hablarían:

—Pasad dentro, Señora, que se os dará posada.
—Si no es descortesía, decid: ¿sois extranjera?...

Acércate sin miedo; que aquellos hombres rudos,
más bien gentes de guerra que adamados señores,
fueron de las hermosas adoradores mudos
y con las Nueve Hermanas bravos conversadores.

Verás cómo de todos se acuerda tu mirada:
unos visten loriga, otros férreo espaldar,
alguien ciñe corona, quién levita ajustada,
los más de ellos ostentan el hábito talar.

Y tú, con voz mendiga: —¡Oh, nobles corazones!
Dadme amparo en el trance de esta cruel herida.
Mi mano os abrió el claro jardín de las visiones
y os enseñó los blancos senderos de la vida.

—¡Impostura! ¡impostura! grita una voz severa.—
Nada el convencimiento de su existir relata:
¡vuestra reveladora fué una virgen guerrera
que ocultó sus encantos bajo el arnés de plata!

Y otra voz: —Fué amorosa; su carne era ambrosía,
y al abrir de sus fuentes el sensual venero
no hubo en sus liviandades sabia coquetería
y al entregarse toda se entregó por entero.

Que si desnuda acaso vino á la lira un día
bien apreciar pudimos bajo el recato austero
sus carnes sonrojadas al sol del mediodía
y el cabello encrespado como un airón guerrero.

Y un verso dice:—Su alma gustó de los rediles
y de las soledades del campo rumoroso.

Y un suspiro volando de unas focas monjiles;
—¡Ella vivió en las muertas pupilas del Esposo!...

—Idos,—repetirían las lenguas rencorosas.
Y ¡oh, ancestral resonancia de los tristes destinos!
á emprender volverías las rufas dolorosas
desorientada y sola por todos los caminos.

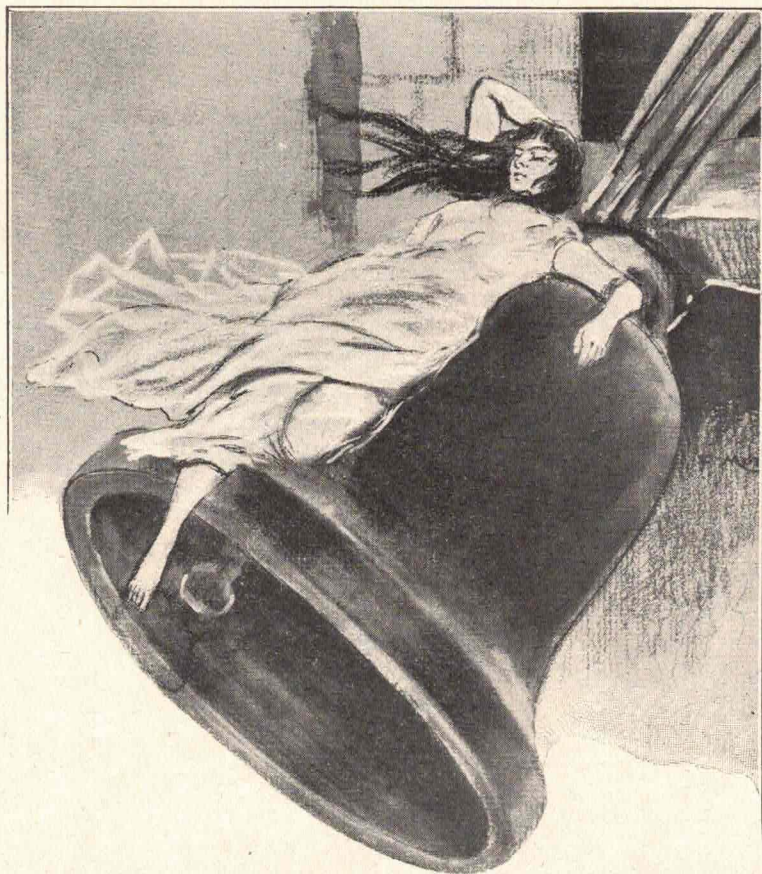
D

RENOVACION

¡Pobre mujer doliente que en tu entusiasmo herida
vas en busca de amores á ciudades lejanas!
No será sin que mi alma se oponga á tu partida
con un verbal tributo de rimas castellanas.

Sé fuerte: aún hay orientes para el destino humano.
Arroja de tu casa la herencia fatalista,
y con un amplio gesto de rebelión, tu mano
dirija sus guerreros hacia la reconquista.

Sé fuerte, que entre tanto tus hijos no desmayan:
amasaron su hornada sobre el calor del nido,



y las novicias alas que el primer vuelo ensayan
hacen temblar las ramas del roble carcomido.

No han caído en desuso tus nobles potestades;
se aviva en sus carbones la llama sibilina,
y derrama tu antorcha seguras claridades
para los que aún practican la fe de tus doctrinas.

Ellos serán tu ayuda, su brazo te mantiene:
valientes aunque pocos, bastan á tu cuidado;
No es el mejor caudillo quien más soldados tiene!
El más lleno de heridas es el mejor soldado!...

¡Templo tendrás, oh, diosa! La regia investidura
reclama el viejo triunfo y el moderno ejercicio.
¡Levantemos en alto la nueva arquitectura
cavando los cimientos en el solar patricio!

Y ya que de tus sienas el huracán adverso
arrebato en la noche las insignias gloriosas
del jardín de los sueños, toma un florido verso
y cíñelo á tu frente cual corona de rosas.

V

FINAL

Musa nuestra, alma nuestra, vuelve á nos. Un divino
resplandor se dilata sobre el obscuro cielo.
Y á lo lejos retumba su clamor argentino
la voz anunciadora de «La Campana á Vuelo...»

TOMAS MORALES